

## Freud y el deseo incestuoso

El título del trabajo da a entender que hay allí algo a descifrar. A mi entender hay un problema en ubicar en el núcleo del inconsciente el deseo incestuoso, o dicho de otro modo plantear a la pulsión como incestuosa. Desde ya dejo sentada mi posición: considero que la pulsión no es incestuosa, sino todo lo contrario, que la pulsión no busca repetir un encuentro sino que por el contrario repite un corte traumático. Traumático, por supuesto, para el yo, para el narcisismo; realización para el sujeto, encuentro con lo real más allá de los señuelos. En este sentido adhiero a la idea de que hay una sola pulsión, la pulsión de muerte, aunque este nombre, de linaje freudiano, puede llevar y creo que lleva frecuentemente a suponer que la pulsión “de muerte” es algo nefasto que nos llevaría a la ruina de la cual tendríamos que salvar a nuestros analizantes. Nada de eso, la muerte de la que se trata es de la consistencia imaginaria del yo, es vida para el sujeto.

La pregunta que inmediatamente me surge es por qué Freud, tan fiel como es a la experiencia del inconsciente, sitúa en el núcleo del mismo el deseo incestuoso. Si se tratara de otro analista puedo pensar que lo hace siguiendo a Freud, por serle fiel, pero en cuanto a la producción de la teoría analítica Freud no tenía a nadie a quien serle fiel, es el pionero, que frecuentemente citaba la frase de su maestro Charcot *la théorie c'est bon, mais ça n'empêche pas d'exister*, y agregaba que “es preciso tener la humildad de reprimir nuestras simpatías y antipatías si queremos conocer la realidad de las cosas de este mundo”<sup>1</sup> Yo estaba convencido que, por esa relación que tenía con la experiencia del inconsciente, encontraría en Freud elementos que permitan hacer una lectura del deseo sexual incestuoso distinta que la que prevalece en el psicoanálisis lacaniano, en el cual el deseo incestuoso es leído como el colmo de la fusión narcisista, en la línea de la célula narcisista de Oscar Masotta con el niño identificado al falo materno. Aunque en este punto no compartiera el planteo freudiano estaba seguro de que debía haber fuertes razones que lo llevaron a ubicar en lo más nodal del inconsciente el deseo sexual incestuoso.

Preciso cual es el punto: es indudable que Freud va llegando a la hipótesis del incesto al ir escuchando hasta qué punto las relaciones con los padres, fundamentales en la constitución de la subjetividad, son libidinales y al ir descubriendo correlativamente la existencia de la sexualidad infantil. Dos más dos son cuatro: si hay una sexualidad infantil y los objetos libidinales por lejos más importantes son los padres, los primeros objetos sexuales no podrán ser otros que los padres. Hasta ahí estaría de acuerdo, el problema es cuando Freud plantea que en el inconsciente persiste una fijación a la madre como objeto sexual. Por supuesto que no me resulta nada rara esta hipótesis, casi que cae de suyo, pero vistas las cosas de cerca, y Lacan mediante, otra lectura es posible. Me dirigí a los textos y efectivamente encontré que el deseo sexual incestuoso tal como Freud lo teoriza lleva directamente a la castración del Otro, exactamente al mismo punto al que lleva, a mi juicio, la pulsión.

Me dirigí a los artículos que tratan el tema y mi atención recayó en una frase del artículo La Disolución del Complejo de Edipo donde Freud plantea la hipótesis de que la organización fálica del varón, y con ella su complejo de Edipo, se hunden a raíz de la amenaza de castración. Un pasaje de dicho artículo permite pensar a qué modalidad de goce puede apuntar el deseo incestuoso allí planteado. Está indagando sobre el momento en que finalmente el niño da crédito a la amenaza de castración a partir de la visión de los genitales femeninos. Dice: “La aceptación de la posibilidad de la castración y el descubrimiento de que la mujer aparece como castrada pusieron, pues, un fin a las dos posibilidades de satisfacción relacionadas con el complejo de Edipo. Ambas traían consigo la pérdida del pene: la una, masculina, como castigo; la otra, femenina, como premisa. Si la satisfacción amorosa basada en el complejo de Edipo ha de costar la pérdida del pene, surgirá un conflicto entre el interés narcisista por esta parte del cuerpo y la carga libidinosa de los objetos parentales. En este conflicto vence normalmente el primer poder y el yo del niño se aparta del complejo de Edipo.”<sup>ii</sup>

Como se ve, está claramente articulado que la satisfacción *incestuosa* entra en conflicto con el narcisismo, es lo que se opone al narcisismo, ya que *renuncia* a ella para salvaguardar el narcisismo. No puede, por lo tanto, homologarse correctamente lo que aquí Freud llama incesto a la constitución de la célula narcisista de la madre y el niño-falo (aunque por supuesto es una lectura válida del incesto, distinta de la freudiana). Lo que Freud llama incesto en este artículo se encuentra, en lo que se refiere al goce, en conflicto con el narcisismo, que desde la perspectiva del narcisismo constituye una amenaza y que tiene como premisa la castración. Claro que la castración es en la teoría freudiana la amenaza de un castigo, pero yendo más allá del planteo freudiano, hasta donde no llegó Freud sino Lacan, podemos hablar de un goce de la castración. Tenemos la prueba de ello en que el saldo de este proceso de disolución del complejo de Edipo, proceso que aleja al sujeto del goce *incestuoso*, es la instauración del superyó, protección narcisista contra el Otro goce.

El padre, nos dice Freud, es el obstáculo para la realización de los deseos del complejo de Edipo y el superyó es la internalización de ese obstáculo. Pero se sabe en qué deviene esto para los neuróticos (es decir para el hombre normal): el superyó se vuelve el obstáculo para la realización de los deseos. Los deseos, punto. No sólo del deseo edípico sino de cualquier deseo que vaya más allá del sometimiento al deseo del Otro. El superyó advierte “así como el padre debes ser” y prohíbe “así como el padre no debes ser, no puedes hacer todo lo que él hace, muchas cosas le están reservadas”. La lectura más inmediata es “no debes coger a tu madre, ella le está reservada al padre”. Pero esto es suponiendo que sea ese el deseo irrenunciable. La clínica nos enseña que el neurótico hace otra lectura de esa prohibición: el goce le está reservado a otro, el padre o cualquiera que lo metaforice.

El deseo incestuoso edípico, ¿no supone acaso intrínsecamente “castrar” a la madre al dejar de seguir sosteniendo la universalidad de la premisa fálica? La madre-objeto es la mujer. Como Freud ve en la castración una amenaza, un castigo temido o un perjuicio, lee a la salida del complejo de Edipo como el sometimiento a una prohibición para resguardar el narcisismo. Para Freud la aceptación de la castración es la aceptación de una “realidad”, algo que hay que

aceptar más bien forzosamente, a regañadientes, como si uno no quisiera saber nada de eso pero lo terminara aceptando rindiéndose ante los hechos y ante la autoridad del padre. Pero si estamos atentos a lo que les pasa a los chicos (por remitirnos al período edípico) vemos que la cosa es más compleja, que si la castración causa rechazo también causa atracción. Si pensamos que la castración tan temida es la representación de un goce diferente del fálico (narcisista) inmediatamente la instauración del superyó se nos aparece no como la internalización del sometimiento a un mandato sino como una defensa contra el goce. Pensado desde la articulación del complejo de Edipo y el complejo de castración el deseo sexual incestuoso tiene resortes distintos de todo lo que se puede plantear en términos de una fijación a la madre. El privilegio de la madre no está dado por su persona. Si el chico se resiste a aceptar la castración de la madre, hasta el punto de ser capaz de aceptar la de todas las mujeres menos la de su madre, es evidente que su narcisismo está en juego, presente en el pronombre posesivo. Freud explica la resistencia a aceptar la castración por la renuencia a abandonar la premisa fálica y, en el caso del varón, por la amenaza para el propia integridad narcisista, pero, que yo recuerde, no da una explicación de por qué la castración de la propia madre es la más difícil de aceptar. Es Lacan quien en este punto da la mejor explicación que conozco, si bien no termina de alcanzarme, al puntuar que aceptar la castración de la madre es aceptar que la madre no tiene el falo al que el chico se identificaba. Es que el planteo lacaniano da vuelta en esto el planteo freudiano. Si Freud centra todo el planteo del Edipo en el deseo del niño o de la niña, para Lacan el punto de partida está en el deseo de la madre, lo cual permite hacer una lectura muy distinta de la castración, al ubicar que la castración es también deprender el hijo/parte de la madre/todo.

Sabemos que el niño no generaliza rápidamente el descubrimiento de la falta de pene de la mujer. Pero una vez que el deseo edípico apunta a la madre ya no habrá ninguna mujer que escape a la castración, si bien, como veremos al hablar de la degradación de la vida erótica, aún habrá que darle muchas vueltas a este asunto. No es que la castración se acepte de una vez para siempre.

Creo que esto permite una nueva perspectiva sobre la prohibición del incesto. ¿Por qué pensar en la prohibición del incesto no como algo impuesto al sujeto, sino como algo a lo que el sujeto, como agente activo de la cultura, le diga sí?

Continuando con esta pesquisa acerca de qué quiere decir el goce incestuoso para Freud me remito ahora al artículo de 1910 *Sobre un tipo especial de elección de objeto en el hombre*, en el que por primera vez aparece impreso el término *complejo de Edipo*. En ese artículo Freud remite las particularidades de la elección de objeto de determinados sujetos (tercero perjudicado, ligereza sexual de la mujer amada, celos, fidelidad compatible con la sustitución de un objeto por otro en una larga serie, intención redentora) a la “fijación infantil del cariño a la persona de la madre.” Tal elección tiene entonces, nos dice Freud, “el mismo origen psíquico que la vida erótica del individuo normal.” Nos hallamos entonces, dice Freud, ante una fijación incestuosa.

Este artículo me interesa, a los fines del presente trabajo, en la medida que indaga las relaciones de la madre, *de intachable pureza moral* con la prostituta. ¡La famosa puta madre! Dice Freud que “revelaciones brutales, de franca tendencia

despreciativa y rebelde, inician al infantil sujeto en el secreto de la vida sexual, *destruyendo la autoridad de los adultos, incompatible con el descubrimiento de su sexualidad* <sup>iiii</sup> (el subrayado es mío). Hay entonces en la sexualidad de la madre (y del padre), en la madre como sujeto sexuado y por lo tanto en la madre como objeto sexual, algo que destruye su autoridad. Ergo, algo que contrarresta el sometimiento del sujeto a la autoridad de los padres. Yo traduciría esta pérdida de la autoridad de los padres como una caída de la regencia del deseo del Otro. Ahora bien, el Otro goce, en la medida en que tiene como premisa la castración del Otro, supone estructuralmente una caída de la autoridad. Si, como afirma Lacan, oír ya es obedecer, el Otro goce en sus diversas modulaciones, supone sustraerse a la tiranía del sentido del Otro. Al socavar la autoridad de los padres el deseo sexual incestuoso freudiano parece ocupar un lugar estructuralmente análogo al del goce de la castración.

Sigue la cita de Freud: “lo que más impresiona al niño es la aplicación de tales revelaciones a la vida de sus propios padres. Así, no es raro verle rechazar indignado tal posibilidad diciendo a su iniciador “Es posible que tus padres y otras personas hagan eso, pero los míos no.”<sup>iv</sup> Respuesta que tiene, por así decirlo, el sello de la renegación y que de ese modo delata su origen en el complejo de castración. “Cuando más tarde no puede ya mantener aquella primera duda que excluía a sus padres de las bajas normas de la actividad sexual, llega a decirse, con lógico cinismo, que la diferencia entre la madre y la prostituta no es, en último término, tan grande, puesto que ambas realizan el mismo acto. Las revelaciones sexuales han despertado en el niño las huellas mnémicas de sus impresiones y deseos infantiles más tempranos, reanimando consiguientemente determinados impulsos psíquicos.”<sup>v</sup> No parece entonces forzado suponer que ya en esos primeros impulsos *incestuosos* apuntaban ya a la castración de la madre.

Me dirijo ahora a otro artículo, *Sobre una degradación general de la vida erótica*, que aunque escrito dos años más tarde, pertenece a la misma serie, publicada bajo el título de *Aportaciones a la psicología de la vida erótica*. Este artículo, que ahonda magistralmente en la problemática de la sexualidad masculina, tiene una frase que desde que la leí me llamó mucho la atención y que frecuentemente recuerdo. Dice que “*aunque parezca desagradable y, además, paradójico, ha de afirmarse que para ser verdaderamente libre, y con ello verdaderamente feliz en la vida erótica, es preciso haber vencido el respeto a la mujer y el horror a la idea del incesto con la madre o la hermana.*”<sup>vi</sup> ¿Qué puede querer decir esto? ¿Que la solución de la neurosis sería no tener pruritos en cogerse a la madre o a la hermana? Más bien esta frase nos abre la posibilidad de hacer una reinterpretación acerca de qué sería ese incesto, de qué horror se trata de vencer. Esta frase sacude fuertemente cualquier idea que tengamos sobre lo que quiere decir incesto para Freud. En primer lugar vemos que habla de un *horror* al incesto. El otro contexto en el cual suele usar esa palabra es el de la castración, el *horror* a la castración. Curiosa coincidencia, en una misma relación semántica, de incesto y castración. Más todavía, no dice que hay que reforzar los diques contra el incesto, tratar por ejemplo que cause aún más horror, sino que propone *vencer* ese horror, para ser libre y feliz en la vida erótica, que en este contexto entiendo que viene a ser sinónimo de goce. Pero no de goce casi como mala palabra, como circula en

la mayoría de los ámbitos lacanianos, donde goce se vuelve sinónimo del goce del Otro, sino goce en el sentido de disfrute de la vida, el goce en todas sus modulaciones.

Recordemos que si el artículo anterior hablaba de un tipo *particular* de elección de objeto, este llama la atención sobre una degradación *general* de la vida erótica, o sea de un problema estructural de la sexualidad masculina: la dificultad de lograr la confluencia de las dos corrientes de la vida erótica, la cariñosa y la sensual; dificultad que lleva a diversas formas de impotencia y de insatisfacción, y que también es atribuida a una fijación inconsciente a la madre. Dice Freud: “Sólo en una limitada minoría aparecen debidamente confundidas las corrientes cariñosa y sexual. El hombre siente coartada casi siempre su actividad sexual por el respeto a la mujer, y sólo desarrolla su plena potencia con objetos sexuales degradados, circunstancia a la que coadyuva el hecho de integrar en sus fines sexuales componentes perversos<sup>1</sup>, que no se atreve a satisfacer en la mujer estimada. Sólo experimenta, pues, un pleno goce sexual cuando puede entregarse sin escrúpulos a la satisfacción, cosa que no se permitiría, por ejemplo, con la mujer propia. De aquí su necesidad de un objeto sexual rebajado, de una mujer éticamente inferior en la que no pueda suponer repugnancias estéticas, y que ni conozca las demás circunstancias de su vida, ni pueda juzgarle. A tal mujer dedicará entonces sus energías sexuales, aunque su cariño pertenece a otra de tipo más elevado.”<sup>vii</sup>

¿Qué es este “respeto” que inhibe la vida sexual? En primer lugar, supone cierto lugar de autoridad, supone que con la mujer “respetada” se reproduce esa estructura originaria en la cual el hombre se ofrece para completar el deseo del Otro, de Otro (o más bien Otra) que manda. Es la estructura de partida del complejo de Edipo a *la Lacan*, y de hecho la estructura de partida del sujeto, constituido en relación al deseo del Otro. Para ubicarse en ese lugar hay que interpretar el deseo del Otro, en este caso qué desea la mujer, y reprimir todo lo que supuestamente no entra en la imagen amable, que entonces será sentido como “perverso”. Por ello la importancia de un objeto rebajado (que no le importe qué desea) y que “no conozca las demás circunstancias de su vida ni pueda juzgarle”. Claramente se trata de que allí no haya ninguna imagen que poner en juego, que arriesgar, que perder. Finalmente el respeto a la mujer amada es el reverso de la protección narcisista.

Entonces, todo el artículo lleva a esta conclusión: perder el horror al incesto es equivalente a atreverse a vencer el respeto a la mujer en la medida en que tal respeto inhibe el pleno goce sexual, a no temer la confluencia de las dos corrientes de la vida erótica. El goce que aquí Freud llama incestuoso está ligado, entonces, al goce de provocar la caída de la mujer del lugar superyoico, ir más allá del sometimiento al deseo del Otro. Si leemos el párrafo citado vemos que la mujer respetada es para el hombre, como decía Ricardo Estacolchic, la encarnación ideal del superyó. Ante esa mujer siente escrúpulos, se siente censurado, y por ello busca otra *éticamente* inferior y que *no pueda juzgarle*.

---

<sup>1</sup> Nota de 2016: ¿Cuánto contribuyó entonces aquello que Michel Foucault denominó “dispositivo de la sexualidad”, y que estableció entre otras cosas el catálogo psiquiátrico (heredado, ¡ay!, por el psicoanálisis) de las así llamadas perversiones, a mantener esta escisión de la vida erótica?

Está claro que el problema no se resuelve, sino que se elude, con el recurso neurótico de la mujer respetada por un lado, y las mujeres degradadas por el otro, ya que esto no es más que el efecto de la evitación de lo que se trata: lo que Freud llama fundir las dos corrientes de la vida erótica, perder el respeto a la mujer y de ese modo llevarla al terreno del goce sexual. Si la mujer ocupa, entonces, el lugar del superyó, la degradación de la que se trata podría conectarse con lo que señalábamos en el artículo anterior: la sexualidad como elemento que destruye la autoridad de los adultos, y podríamos agregar ahora, de la mujer (en singular). Por otra parte vemos que esta división entre las mujeres degradadas por un lado y la mujer respetada por el otro retrotrae al sujeto al tiempo inmediatamente anterior a la salida del complejo de Edipo del que hablamos al principio. Otra vez tenemos a las mujeres castradas/degradadas y a una que escapa a la castración.

Me llama la atención que Freud a lo largo de casi todo el artículo llame *corriente cariñosa* al amor. Todo el artículo y la experiencia diaria nos indican que indudablemente la mujer respetada es la mujer amada, siendo entonces el conflicto entre las dos corrientes de la vida erótica fácilmente reconducible al conflicto entre el amor y el deseo sexual. Al llamarlo por su nombre se hace más nítido algo en general soslayado: la íntima relación del amor con el superyó.

Cuando Freud llama incestuoso a este goce de la castración tal vez esté confundiendo la madre con la mujer que para el sujeto encarna el superyó, que tratándose de la neurosis habría que suponer paterno, es decir, la mujer que porta para el sujeto el rasgo unario, la marca de su propio goce que habría que extraer del registro superyoico.

Jorge Reitter

jrreitter@yahoo.com.ar

Buenos Aires, Mar del Plata; marzo a mayo de 2005

## Bibliografía

Freud, Sigmund, Sobre un tipo especial de elección de objeto en el hombre, en Obras Completas, tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 1625

Freud, Sigmund, Sobre una degradación general de la vida erótica, en Obras Completas, tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 1625

Freud, Sigmund, Conferencias de Introducción al psicoanálisis, en Obras Completas, tomo XV, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1984, pág. 133

Freud Sigmund, El sepultamiento del complejo de Edipo, en Obras Completas, tomo XIX, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1984. pág. 184

Freud Sigmund, El yo y el Ello, en Obras Completas, tomo XIX, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1984

Freud, Sigmund, La organización genital infantil (una interpolación en la teoría de la sexualidad) en Obras Completas, tomo XIX, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1984

Freud, Sigmund, Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos, en Obras Completas, tomo XIX, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1984

Rabinovich. Norberto, El Nombre del Padre, Articulación entre la letra, la ley y el goce, Homo Sapiens Ediciones, 1998

---

<sup>i</sup> Freud, Sigmund, Lecciones introductorias al psicoanálisis, en Obras Completas, tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 2210

<sup>ii</sup> Freud Sigmund, El sepultamiento del complejo de Edipo, en Obras Completas, tomo XIX, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1984. pág. 184

<sup>iii</sup> Freud, Sigmund, Sobre un tipo especial de elección de objeto en el hombre, en Obras Completas, tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 1625

<sup>iv</sup> Ibid. pág. 1628

<sup>v</sup> Ibid. pág. 1628

<sup>vi</sup> Freud, Sigmund, Sobre una degradación general de la vida erótica, en Obras Completas, tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 1714

<sup>vii</sup> Ibid. págs. 1713-1714